

¿Justicia, venganza o política?

Raúl J. Cerdeiras

No hay mejor recurso para incrementar al pensamiento reaccionario que convocar a la gente por un hecho que conmueve los sentimientos de cualquiera: la muerte de un hijo (el único hijo). Ni que decir que esto vale también para el pensamiento liberador. Los momentos en que hay que tener más firmes las convicciones es cuando el pueblo se desata indignado por un acto execrable y provocador del poder, porque es justamente en esos momentos que el Estado logra que la lucha se encamine hacia el terreno que él quiere porque es el suyo, el que domina.

Llamó poderosamente la atención la edad casi absoluta de los manifestantes: eran gente que nosotros decimos "grande". Sin duda que los padres eran un modelo típico de padres argentinos, pareciera ser que el hijo no lo era para los valores de la juventud de nuestro país.

Las cosas que se escuchaban y que los periodistas ampliaban pueden ser desconcertantes. Se podría decir que junto con la demanda de más rigor en las penas, estaba la de limpiar de manzanas podridas a la bonaerense. Está claro para mí que no hay manzanas podridas, que el cajón es lo que está podrido, más aún, toda la cosecha ya viene con el gusanito adentro. Pero esto no me perturba. ¿Cuál es el valor de una consigna si lo que la sostiene es la especulación de un interés privado y no igualitario?

No me puedo olvidar que los ahorristas estafados no hacían otra cosa que agolparse frente a los bancos llamándolos ladrones, estafadores, pidiendo que sean metidos presos sus directores e implorando a los jueces que hagan respetar a rajatabla la justicia que los asistía: "pusimos dólares que nos devuelvan dólares". Todo acto de la izquierda en la década de los años 60/70 si no terminaba con una "molotov" a un banco extranjero, símbolo emblemático de la explotación imperialista a los pueblos del Tercer Mundo, parecía un acto sin sustancia. Pues bien las señoras y señores ahorristas han hecho 30 años después suya tan preciada consigna. La diferencia es que nosotros poníamos nuestra existencia al servicio de una causa para cambiar el mundo y, suponíamos, liberar a la humanidad, estos buenos ciudadanos lo único que quieren es su plata. Nito Artaza, es un símbolo suficiente, no quiero insistir más. Lo que sí quiero decir es que esa gente se parecía mucho a la de la marcha al Congreso...Había algo así como cierta intuición de que lo habían votado a Macri...y esto lo digo no sólo por la pancarta que llamaba a destronar el código de convivencia de la Ciudad.

Los padres de Axel que hasta el episodio de la muerte de su hijo jamás hicieron nada por nadie en el campo de lo colectivo y público, vieron de pronto que esa terrible circunstancia los sacudía y amenazaba cambiar terriblemente su vida. Esto es muy importante. Pero el mensaje implícito y explícito (o sea, no quedan dudas) es este: Mi vida, encerrada en los valores de mi privacidad y disfrute personal de las pequeñas cosas, mi familia, mi hijo con proyectos de estudio en el exterior, de progreso y felicidad compartida, y todos esos valores *made in* Luis Sandrini, con el que soportamos nuestra existencia, de golpe fue perturbado por una delincuencia incontrolable. Pues bien, todos los que no quieran ser víctima de este desastre, acompañenme para pedir más seguridad. Realmente no hay un cambio subjetivo hay una búsqueda de solidaridad para que un estilo de vida, absolutamente de espaldas a los grandes problemas de la humanidad, no sea perturbado y, en ese sentido, encontrará una rápida identificación en

el resto de la población moldeada en esas aspiraciones. Si a la gente en general se le priva de lo único que les queda, su privacidad llena de egoístas y estériles ambiciones, les desaparece de donde agarrarse para justificar su existencia...En conclusión: ni cambio en la subjetividad ni tampoco en el orden de las cosas que funcionan.

Me viene a la memoria el caso de las madres de Plaza de Mayo. Ellas también padecieron la feroz pérdida de sus hijos, pero ese hecho terrible produjo un cambio en su subjetividad. La afirmación respecto a que sus hijos las parieron a ellas, la traducían en la experiencia real en el siguiente relato: "nosotras antes de ser lo que somos hacíamos una vida estúpida y no teníamos la más mínima idea de lo que pasaba en el mundo, en nuestro país y con nuestros hijos". Por lo tanto nadie puede hacerse el sonso respecto a la tragedia de los padres de Axel, lo que aquí trato de significar es que una de las más grandes movilizaciones -casi espontánea- de la historia del país reveló la fuerza de la inercia del poder y lo difícil que es la política como ruptura.

Pero aquí se instala una cuestión política que quiero recalcar: cuando la consigna es para unos cuantos y no para todos, es decir, cuando se parte de un principio no igualitario sino desde uno que particulariza, necesariamente se desencadenan políticas reaccionarias. El repertorio de medidas que exige Juan Carlos Blumberg es discriminatorio porque trata el "problema" de la "seguridad" dividiendo a la sociedad entre decentes e indecentes para sacar la obvia conclusión de que los indecentes deben estar encerrados y los decentes libres. Este planteamiento barre de un plumazo todo intento de abordar el corazón de la cuestión que siempre se nos la presenta envuelto en el paquete llamado *seguridad*. Esta palabra disimula un punto crucial de toda sociedad humana que es el vínculo con la ley, con el Estado.

En otros tiempos (sobre todo en el origen del liberalismo político) se acostumbraba a dividir, por un lado, la sociedad y por el otro el Estado, quedando una zona de tensión y enfrentamiento entre ambos. En ese espacio surgía el lugar privilegiado de la política moderna, más precisamente la llamada *política de partidos*. Así aparece la mediación y representación partidaria de los ciudadanos frente al Estado. Este libreto fue respetado por las tres grandes experiencias políticas del siglo XX: la socialdemocracia sosteniendo que se mantenga la mediación entre ambos polos por medio de la representación parlamentaria de los partidos; el fascismo que intentó la fusión del estado con la sociedad y el socialismo que propuso la identidad del Partido con el Estado. Variantes, como se ve, que juegan con las posibilidades de un mismo dispositivo.

Pero hay que abandonar esta visión. Hay que afirmar que la sociedad y el estado forman una articulación estructurada que tiene que ver con las dos funciones básicas de toda presentación histórico-social: la presentación (sociedad) y la representación (Estado). La política que nosotros sostenemos se afirma diciendo que quiere abandonar su rol de mediación entre la sociedad y el Estado y se declara a distancia del Estado y en ruptura con la lógica de lo social que es siempre la de los intereses de grupos particulares. El tema de la seguridad será encarado de diversa manera según uno se instale en la vieja política o en la nueva que ya está en curso.

Pienso que la *seguridad* no es una cuestión propia de las políticas de emancipación salvo que se trate de la seguridad de su propia existencia. La seguridad tiene un lazo con la política en el punto en que se decide el principio que la sostiene y fundamenta: *igualitario* o a favor de *diferentes* grupos. La seguridad es una cuestión del Estado y lo que hay que exigirle al Estado es la universalidad de la ley, es decir, igualitaria y para todos, y la consecuente aplicación de la Justicia con igual criterio. Toda violación de estos principios, como el caso Blumberg lo demuestra, precipita una represión intolerable. Por su puesto que hay muchas cosas que permiten legislaciones, procedimientos judiciales y acciones en pos de garantizar los derechos, que pueden y deben modificarse. Pero esa tarea

indelegable del Estado sólo se conecta con las políticas de emancipación si estas son capaces de impulsarlas en función de los efectos que su política -a distancia del Estado- es capaz de producir.

Con esto quiero decir, entre otras cosas, que nuestra afirmación de que la política que practicamos se sostiene a *distancia* del Estado, no significa que nos desentendamos de los actos de gobierno del Estado. Si no queremos como objetivo esencial el Estado para gobernar es porque entendemos que la estructura misma del Estado es contraria al surgimiento de la creación colectiva y subversiva de los colectivos humanos, que es lo que llamamos políticas emancipatorias. El Estado, por el contrario, se dedica a administrar lo que hay, a asegurar su funcionamiento. La manera en que lo haga dependerá de si existen -fuera de él- nuevas subjetividades políticas de ruptura o si lo único que se presenta es la sociedad dividida en grupos de intereses enfrentados en el interior de una ley general que la organiza (hasta nuevo aviso esa configuración hoy es el capitalismo) y el Estado que garantiza, reasegurándolo, ese funcionamiento. Si solo tenemos eso, si no hay política, que es la única manera de romper esa totalización, entonces privará el punto de vista de la *conservación* de lo que hay. Y no sólo la conservación de lo que hay sino el paulatino desmadre de los intereses particulares por sobre el papel de universalidad que debe asumir el Estado. De tal manera, como en el caso que nos ocupa, vemos proliferar *en todo el mundo* la seguridad privada. Si esto es posible es porque la lógica de lo social, el capitalismo, va capturando la universalidad de la ley, simbolizada en el Estado, y poniendo a este al servicio de sus grupos y mafias en un maridaje que sólo anuncia represión y más represión.

En la marcha reaccionaria que nos ocupa y en los discursos que la sostuvieron y la decodificaron después, hay una patética muestra de cómo opera la primacía de lo *particular*, de la diferencia específica, por sobre una propuesta que se desprende de un principio igualitario válido para *cualquiera*. Lo que todo el mundo decía, y lucía en muchas pancartas y carteles, era que "hoy somos todos Axel". El mismo padre de Axel en su discurso agradeció explícitamente que la concurrencia se haya "identificado con su dolor y su hijo". Y no es nuevo, cuando sucedió el atentado a la AMIA, o el del 11-S y más recientemente el perpetrado en España, y la lista es muy larga, también se propuso la consigna de la *identificación con la víctima* como una forma de mostrar que una totalidad se involucra con una particularidad.

¡Qué sutil mecanismo! Porque en realidad la identificación con el caso particular es la manera de destruir lo genérico, lo igualitario, lo que va destinado para cualquiera. El verdadero problema es cómo se destraba lo particular, que es siempre una identidad definida, cómo poder operar en lo particular para desencadenar lo genérico, para poner en la superficie el vacío de esa situación, lo que la vacía de todo contenido particular y permite arrojar, inventar allí algo nuevo que por no desprenderse de esa particularidad, sino por ser producida en ese vacío, podrá circular por fuera de ella y tendrá la chance de donarse desinteresadamente a cualquiera. Entonces el mecanismo no es el de la identificación sino el de la invención de una consigna dirigida de manera indistinta a no importa quien, incluso a aquellos que ni siquiera tienen noticia que unos delincuentes asesinaron a mansalva a un joven llamado Axel.

La identificación es el procedimiento por el cual se encapsula lo universal (universal en el sentido de "lo genérico") en el interior de una particularidad. No hay identificación posible si no es sobre imágenes bien definidas, claras, lo suficientemente contorneadas para que nadie se equivoque respecto a qué los mantiene unidos como manifestantes o concurrentes a ese acto. Más aún, toda identificación es eficaz porque opera sobre un rasgo particular entre todos los que forman una imagen, y ese rasgo particular era el padre llorando la muerte de su hijo y esa figura avala cualquier pedido de medidas

represivas. Entonces la *seguridad* queda atrapada en ese contexto, del que no puede salir nada que no sea orgánico a las particularidades más hegemónicas al poder.

Pero tratándose de las nuevas políticas de emancipación las cosas no son tan fáciles como a uno le gustaría que fueran. Mi manera de ver es que la reducción de la humanidad a una particularidad ahoga el valor igualitario de una política que se asiente en ese procedimiento, que la vía justa debe ser la "inversa", disolver las identidades para que circule lo común, entendiendo que "común" no es un rasgo identificable al que todos adhieren, sino ese lugar de inconsistencia de todo vínculo social que existe como un vacío que a todos nos iguala y permite la invención de algo que va donado a todos, donado, no impuesto. Pero esa inconsistencia, ese desacople interno nunca se da en la universalidad abstracta de la "sociedad" como tal, aflora en una estructura particular, en una identidad acotada y en un punto muy *singular* de ella. Pero esta singularidad, que es el comienzo de un proceso capaz de atravesar esa identidad, no es algo dado que pueda ser detectado por el simple conocimiento, aún el más profundo, de esa situación particular. Es, para decirlo con cierto tono poético, el secreto más celosamente guardado, un secreto de una radicalidad difícil de imaginar porque ni la situación misma lo sabe. Esa singularidad *acontece*, irrumpe, y para colmo de males no se puede *demonstrar* que aconteció, lo que hace que sea necesario *decidir* acerca de su existencia, una verdadera *apuesta sin garantías*, y empezar a construir algo alrededor de lo que se ha dicho que aconteció. El proceso que así comienza estará *suspendido* a la producción de sus efectos para recién ahí, por retroacción, poder afirmar la certeza de que algo nuevo advino en la situación y que por haber sido edificado en su vacío se dispone para todos, al margen de las particularidades concretas que nos atenazan a cada uno.

Entonces queda claro que no depende de nuestro deseo o anhelo que una *singularidad* advenga en el corazón de una *particularidad*, pero es *imposible* sin nuestra intervención, en la forma de una *decisión en apuesta*. Frente a cada situación particular, cuando en su seno se produce algo medianamente atípico, el militante de las nuevas políticas de emancipación debe preguntarse si esa "novedad" es indigerible para los patrones habituales de esa situación particular, si es un exceso que lo habilita a una decisión en apuesta acerca de algo que, necesariamente, habrá que *inventar*. Pero alrededor de toda novedad que aspira a imponerse como "no habitual", etc., siempre ronda el peligro de un simulacro de *singularidad*, de un simulacro de *acontecimiento*. "Desgraciadamente", sobre todo para los nostálgicos de las certezas sancionadas por las leyes de La Historia y confirmadas por el saber objetivo, no hay ningún procedimiento exacto y fiable que evite la duda. Apenas unas orientaciones sostenidas como principios que guían la acción, uno de ellos es que una consigna política será de emancipación si es coherente con el principio: "los hombres *son* iguales".

El camino debe ser otro. No debemos asumir la identidad de una particularidad, no debemos renunciar a que la humanidad formada por cualquiera se transforme en el sistema de valores que rodean la tragedia familiar de los Blumberg, por medio de la identificación. Es Blumberg, como vocero de esa particularidad, el que debe buscar qué conexión tiene lo que él vocifera con la humanidad en su conjunto. Y resulta evidente que la conexión dominante se establece en el terreno de la política. El lugar de la concentración, el petitorio, el reclamo ante los poderes del Estado, la reunión con el presidente y otros funcionarios, etc., rápidamente sitúan la marcha del 1 de abril en ese campo. Es el ámbito de las políticas de Estado, de la política de partidos, etc. Pero esa forma de pensar y hacer la política está de cabo a rabo armada par reafirmar el principio de la desigualdad entre los hombres, y de considerarlo a estos sujetos pasivos del voto a sus "representantes" para que, a lo sumo, "presionen" a los mismos para que sean consecuentes en la defensa de sus *intereses*.

Por eso al principio hablaba de la subjetividad del padre de Axel, que bien podría haber quedado trastocada -como en el caso de las Madres de Plaza de Mayo- y empezar a decir algo completamente distinto y "raro" sobre el tema de la seguridad y que fuera ese el síntoma de que su propia identidad cerrada se resquebrajaba en algún punto y allí empezaba a crecer algo distinto. Decir algo que escapara a la encerrona de la opción "mano dura vs. mano blanda" y todas las otras coartadas que se exhiben para hacernos creer que se quiere ir "más allá" de ella.

La concentración que se hizo frente a los Tribunales el 21 de abril no hace sino ahondar estas reflexiones. En el discurso "sencillo y espontáneo" que pronunció Blumberg incrustado en el marco de las intervenciones que hicieron como prólogo los representantes de las iglesias de las religiones monoteístas, pueden encontrarse los rasgos de un nuevo fascismo, un fascismo débil en su presentación, pero no menos mortífero en sus efectos reales.

Lo que para los medios y los opinadores "políticos" es una virtud encantadora que envidiarían muchos políticos "profesionales", que es lenguaje sencillo, espontáneo, fácil, directo, casi el *sentido común en estado puro*, con el que habla el padre de Axel, para nuestra manera de ver es una muestra del poder envolvente y paralizante de ese sentido común que no tiene más apoyo que una identificación obvia sin otro condimento que su propia obvedad. Sin embargo el contexto político no pasa por esa sencillez en la expresión, sino por los discursos previos y la magnífica síntesis que le dio Blumberg como cierre. Podemos decir que la gente recibió desde la tribuna lo que quizás la mayor parte de la población anda buscando desesperadamente: un nuevo sentido para su existencia individual y colectiva, que venga otorgado por un nuevo amo, bueno, sencillo, sufriente víctima como todos ellos, que los convoque alrededor de la *Unidad, la Patria, Dios y, por supuesto, el Voto*. ¡Atención con la U.P.D.V!

Como todos podemos apreciar esta combinatoria discursiva no se desprende directamente de la muerte de Axel en manos de sus asesinos. Por el contrario, constituye el escenario político en el interior del cual se despliega el "caso Blumberg" y su derivación hacia la cuestión del "problema" de la seguridad. Si toda subjetividad reaccionaria no es una *invención* en la situación sino un *reflejo* de la situación, el discurso de este nuevo amo sufriente representa de maravillas el estado objetivo de la subjetividad política dominante, que consiste en asumir los problemas de este mundo desde la posición de víctimas y acumular un resentimiento que sólo estalla en su impotencia con una feroz demanda de violencia y represión, es decir, venganza. De esa manera se recupera el significado de ser los "decentes" (así lo dijo el orador) y el resto... bueno, imaginémoslo...

Pero en este resentimiento que clama venganza apareció un *matiz* que lo diferencia del clásico resentimiento. El resentimiento clásico en política es un mecanismo por el cual se le atribuye a los poderosos la culpa de todos los padecimientos de las víctimas y se descarga contra ellos toda la energía colocándose en una relación de pura *reacción* frente a la *acción* de los dominadores. Por supuesto que en el fondo, los así llamados "poderosos" por las víctimas resentidas, aunque les pueda molestar algunas escaramuzas de esta lucha, estratégicamente están tranquilos porque sus "víctimas" han aceptado someterse a su lógica y han renunciado a su propio proyecto autónomo, con lo que declaran su impotencia a la vez que los reafirma a ellos como los verdaderamente poderosos. En política esto significa que ambos buscan lo mismo: *el poder del Estado*, bajo las mismas reglas, la de la *política del Estado*. Sabemos como termina todo esto. Sin embargo en la concentración frente al Palacio de Justicia, Blumberg desplegó este sorprendente argumento frente a la complaciente multitud, respecto a su pedido de que los menores fueran imputables penalmente desde los 14 años de edad. Como ese

proyecto es resistido en el Congreso el dolido padre, con su lenguaje sencillo, le decía al público que los menores "eran utilizados por los mayores" para cometer delitos, es decir, que eran víctimas, y en consecuencia *había que reprimirlos encarcelándolos*. Por supuesto, que de inmediato, como ya dijimos que se trata de un amo bueno, advirtió sobre la necesidad de que el menor en su encierro cuente con asistencia de psicólogos, trabajo, reeducación "y todo eso".

Cuando hablamos de *asumir la posición* de víctima es porque entendemos que el hombre no es esencialmente una víctima, pero hay muchas situaciones en que se es *objetivamente* víctima. Quizás la más evidente es la de los niños. Si Blumberg reconociendo que son explotados por la delincuencia, encima pide que se los trate como delincuentes, para nosotros esto no puede merecer otro calificativo que una *canallada*. Y no podemos quedarnos de brazos cruzados frente a esto. Por eso es que estas reflexiones desembocan en la necesidad de que cualquiera y por el medio que sea exprese su disconformidad afirmando otra manera de pensar-hacer para encarar esta situación. Estas reflexiones son una manera de dejar una marca en ese sentido.

A mi entender nada ha pasado en la situación que podríamos denominar "seguridad" que exhiba la posibilidad de una intervención política. Pero en cambio permite poner en discusión lo que para nosotros es una premisa decisiva de toda política de emancipación: que sus actos y pensamientos sean consecuentes con el principio que afirma que *los hombres son todos iguales*. Porque lo *son*, y no que *deben* serlo, es que este principio no está destinado a gestionar ninguna igualdad socio-económica entre los habitantes de este planeta, por el contrario, nos conmina a sostener una manera de pensar-hacer la política que esté dirigida hacia todos, que no sea la expresión particularizada de un grupo de intereses, de una identidad constituida socialmente. Nosotros sólo aceptamos las políticas cuyas propuestas descansen en lo que tienen de común todas las identidades, y lo que es común a todas las identidades, *no es una identidad, una determinación particular, sino precisamente algo vacío*. Si lo que una política puede inventar pensando-haciendo se llega a inscribir en ese vacío, será entonces una política de emancipación porque permite a los hombres romper con el marco de sus identidades cerradas y abre la posibilidad de pensar-hacer la política y la vida colectiva de otra manera. Por el contrario, mientras nos empeñemos en reducir la política a una lucha de intereses particulares (y en especial me refiero a los intereses de "clase" delimitados por la estructura económica) aunque se busque arribar a la igualdad de todos los hombres, dejaremos la política en manos del Estado y las luchas de fracciones (partidos) por la captura del poder.

¿Abstracto?, tonterías. En todo caso *raro*, como toda auténtica política emancipadora. ¿Difícil?, quizás, porque se necesita el coraje y la constancia para sostenerse frente a las rutinas centenarias que presentan a la política ligada al Estado y sus partidos como algo natural y evidente de por vida. Pero también lo más común y posible para cualquiera. Esta manera de pensar-hacer la política, está ligada directamente a la gente, a lo que piensa la gente, a cualquiera, que ya no necesita de un partido ni de un cuerpo doctrinario para poder decidir en situación una política, es decir, un rumbo separado del modo ordinario de entender las cosas. El *Grupo Acontecimiento* intenta con su pensamiento y su acción abrir un rumbo separado de todos los caminos que conducen a mantener a la política atada al Estado y sus partidos.

Para nuestra manera de pensar y hacer la política no toda situación es portadora de una cuestión política en términos de emancipación. Por cierto que, nos guste o no, debemos reconocer que todos los intentos de políticas alternativas que hoy se despliegan están sostenidos en una apuesta y no en una certeza. Y la apuesta va a ser una cuestión decisiva en el horizonte de nuestra política real. Es común caer en la tentación de creer que toda lucha porque presenta un enfrentamiento con el poder instalado ya de por sí es

una acción política. No es así, y sobre esto ya hemos dicho lo suficiente. Pero la inversa también es verdad: pensar que *separarse* del estado o proclamar la *autonomía*, o bregar por un *contrapoder*, etc., basta para realizar una política justa. Equivaldría a creer que la elección del *lugar* es suficiente para garantizar una política. Nosotros pensamos que no se puede confundir el lugar, el sitio, con la política. La política necesita de su invención para ser tal.

Según pensamos nosotros lo que hay que inventar es la política real que se sostenga en el principio de que rompe con la forma hegemónica de las políticas del Estado. También es cierto que esta política real no es una simple posibilidad sino que es una actualidad que está presente aquí y ahora en muchos lugares del mundo.